

## ERSATZ

Alberto de la Rocha Muñoz

París, verano de 1942

Con una mezcla de rabia y orgullo, Marcel Michélot se irguió sobre su bicicleta y dio varias enérgicas pedaladas para cruzar cuanto antes el puente del Alma. No quería que sus ojos se encontraran con la funesta bandera –la araña negra inscrita en un círculo blanco sobre un fondo rojo sangre- que ondeaba en la cúspide de la torre Eiffel y se obligó a no mirar hacia la derecha. Por primera vez en muchos días se había despertado contento, sin esa opresión oscura en el centro del pecho, y la desagradable presencia de los invasores, representada por aquella bandera, podía devolverle al estado depresivo del que solo hoy había conseguido salir. Se sentó de nuevo en el sillín y superó a gran velocidad los últimos metros del puente.

Sin embargo, mientras se adentraba en el Faubourg Saint-Germain por una de las calles adoquinadas, se preguntó si no era acaso más triste que no pudiera levantar con libertad la mirada hacia ese símbolo de la ciudad que tanto amaba. Sacudió la cabeza y apretó los dientes. Una negra oleada de ira le subió del estómago.

En el resto del trayecto hasta su diminuto taller, situado en un lúgubre pasaje del barrio Latino, Marcel Michélot se enfrentó con varias estampas más que fueron lastrando su estado de ánimo y terminaron de arruinar la alegría con la que se había levantado de la cama. Delante de los comercios, a pesar de que aún no habían dado las nueve de la mañana, ya había largas colas de parisinos que acudían con sus cartillas de racionamiento para conseguir los escasos y deficientes productos a los que tenían derecho; el desabastecimiento cada vez mayor se suplía con la introducción de los repugnantes sucedáneos –*ersatz* los llamaban ellos, intentando dignificar la miseria con su áspero idioma-. Las mujeres con las que se cruzó, que caminaban cabizbajas como si un invisible peso aplastara sus nuca, cubrían sus cuerpos cada vez más delgados con vestidos horribles, confeccionados a partir de viejas prendas o con telas de insólita procedencia o con la maldita viscosa (en el fondo otro *ersatz*), que él no podía dejar de odiar; al fin y al cabo la profesión de Marcel Michélot, su gran pasión desde niño, era esa.

Pero la imagen que más le afectó aquella mañana, con la que se topó ya muy cerca de su taller, fue la de una familia con cuatro miembros –el padre encorvado y de piel cenicienta, la madre irreconociblemente flaca, y dos niños que le miraron pasar en su bicicleta con unos ojos profundos y a la vez inexpresivos- que caminaban por la acera sin que sus pies se dirigiesen a lugar alguno, o esa impresión tuvo Marcel: un mero deambular sin destino, una inercia animal y desesperada; alrededor de los brazos llevaban un brazalete con una estrella de seis puntas, una tela aún más ofensiva que la bandera que se cernía sobre la ciudad desde las alturas de la torre Eiffel. *Ellos están mucho peor que yo, que nosotros, no debo olvidarlo. Al menos nosotros tenemos ciertos lugares a los que ir*, donde no nos molestan por lo que somos, se dijo Marcel, y pensó, con un cauteloso arranque de felicidad, en René.

Dobló una esquina y entró con su bicicleta en el pasaje, siempre húmedo y en penumbra, donde se encontraba su taller. Se bajó en marcha pasando ágilmente una pierna por encima del sillín. La puerta por la que accedía a su taller ya estaba abierta; Monsieur Trotignon, el zapatero con el que compartía el alquiler del local, hoy había madrigado más que él. Empujó su bicicleta

por el pasillo y la dejó en el rincón bajo la escalera. Antes de subir a su taller, se asomó al minúsculo cuchitril donde el zapatero reparaba calzado.

Monsieur Trotignon, un bordelés macilento y pelirrojo, estaba sentado a horcajadas sobre un banco muy bajo y estrecho en cuyo extremo estaba anclada una horma de acero. Tanto a los dos lados de él como —milagrosamente— por encima de su cabeza, había cientos de zapatos, y él trabajaba en el angosto hueco que quedaba en el centro, como si hubiera excavado una hornacina en la montaña de zapatos. El olor, a maltratado cuero y a betún barato, siempre le obligaba a Marcel a arrugar la nariz.

--Buenos días, monsieur Trotignon.

--¡Ah!—Levantó sorprendido la mirada de un zapato de mujer que estaba encajando en la horma—Buenos días, monsieur Michelot. Tenga una buena mañana

--Y usted también.

Aunque monsieur Trotignon era un hombre amable y bonachón y siempre le dedicaba una sonrisa, e incluso de vez en cuando le traía deliciosos canelés que elaboraba su mujer, a Marcel le deprimía tratar con él. De algún modo, compartir el local con aquel hombre simple y algo tosco rebajaba a sus ojos su propio taller y el trabajo que realizaba en él. *Yo hago arte, yo hago arte*, tenía que repetirse Marcel para animarse y anular la inevitable e injusta equiparación. *Y en cualquier caso esta situación es temporal, cambiaré de local cuando acabe la guerra y las cosas vayan mejor.*



Sin embargo, hoy, quizá porque la tristeza había ido ganando terreno a la inusual alegría con la que se había despertado, no fue capaz de encontrar diferencias entre lo que hacía el zapatero remendón en aquel maloliente tabuco y lo que hacía él en su taller. ¿Acaso no llevaba meses viviendo de lo que le pagaban por convertir abrigos usados en pantalones, vestidos pasados de moda en blusas, por confeccionar faldas con tela de cortina y chalecos con forro de baúl? ¿Es que había más arte en eso que en lo que hacía el bueno de Trotignon? Subió las escaleras apesadumbrado, con un nudo de autocompasión en la garganta.

El taller de Marcel Michelot era una estancia cuadrada de cuatro metros de lado y con una especie de apéndice en un rincón: un pequeño aseo, oculto a la vista por un retal de damasco granate, un capricho absurdo que a él le ponía de buen humor. Las reducidas dimensiones del taller quedaban compensadas en alguna medida por un techo

alto, en cuyo centro había una claraboya emplomada de forma octogonal. Por aquella abertura siempre entraba, incluso en los días nublados, una claridad suave y aterciopelada que descendía lentamente sobre los objetos y los cubría con una pálida gasa de luz.

Después de cerrar la puerta y de ponerse sobre la ropa un guardapolvo, Marcel Michélot se dirigió al fogón de petróleo que descansaba sobre un taburete y puso agua a calentar. De una lata de galletas sacó un paquete de papel encerado, lo abrió y se lo llevó a la nariz. El perfume rico y aromático del té indio, el mejor que había tomado desde la ocupación, hizo que su estado de ánimo, tímida pero sólidamente, comenzara a remontar. Lo había conseguido la semana anterior en el mercado negro, por supuesto a un precio disparatado, pero mientras otras personas necesitaban para sobrevivir alimentos más calóricos o ciertas medicinas, a él le bastaba con aquellos detalles sutiles, de una refinada delicadeza, que seguro que muchos considerarían intolerantemente frívolos, como la incongruente cortina de damasco del aseo. Marcel sentía que su dignidad, de alguna extraña manera, residía en esos detalles. Ni siquiera tenía azúcar para endulzar el té, estaba carísimo en el mercado negro, pero se negaba a mancillar aquél magnífico té con sacarina, otro maldito, repugnante *ersatz*.

Con la taza caliente entre las manos, Marcel Michélot se sentón a su mesa de trabajo. Y entonces, quizá porque los primeros sorbos de té empezaban a hacer su efecto, una irreprimible llamarada de euforia brotó justo debajo de su esternón y alumbró con su enceguedora luz una idea: el nuevo rumbo que tenía que imprimirle al raro e ilusionante encargo que se traía entre manos aquellos días. Soltó la taza y apartó con el brazo todo lo que había sobre la mesa: telas, patrones, una caja con alfileres y jaboncillo, otra con botones, las grandes tijeras. Y sacó del cajón varias hojas de papel verjurado, sus lápices y el estuche de las acuarelas. Cerró los ojos durante unos instantes, se concentró en la idea que lo acababa de deslumbrar, cogió un lápiz afilado y, con una intensidad arrebatada, se lanzó a esbozar sobre el papel la luminosa idea: un elegante, majestuoso y sencillo vestido de novia.

La pieza había sido encargada por una exiliada española que vivía en México y que se iba a casar en la primavera del año siguiente, Marcel solamente tenía que realizar el boceto y enviarlo a la capital mexicana, pues la confección del traje se llevaría a cabo al otro lado del Atlántico. El anómalo y misterioso trabajo había llegado a él a través de un compañero con el que coincidió en el atelier de Balenciaga, aquella maravillosa casa de la avenida George V en la que había aprendido todo lo que sabía.

En pocos minutos, como si la idea ya existiera incluso antes de que él hubiera nacido, plasmó en el papel las líneas precisas y a la vez aéreas del vestido: las discretas hombreras, las pinzas entallando la tela debajo del pecho, el péplum para marcar las caderas (homenaje a su admirado maestro) y, en la parte inferior, una falda sin volumen que terminaba en una esplendorosa cola en abanico. Añadió con acuarela unas pinceladas en tonos crema y contempló el boceto, satisfecho y aún arrebatado.

Abstraído en su obra, no oyó las pisadas que ascendieron por la escalera y se pararon delante de su taller. Marcel se sobresaltó, instintivamente atemorizado, cuando unos nudillos golpearon la puerta. Pero, justo después, una oleada de felicidad vino a sustituir al miedo, pues recordó que René le había dicho que le haría una visita de camino al ensayo de su nuevo espectáculo. Se levantó de la silla y abrió la puerta. Delante de él, guapo y sonriente, estaba René, con sus inteligentes ojos claros, con sus hombros anchos y sus estilizadas piernas de bailarín, con aquella forma de ocupar el espacio, a un mismo tiempo rotunda y extremadamente educada, como si pidiera permiso, que tanto le gustaba a Marcel.

--Toma --dijo el bailarín, y le dio un paquetito envuelto en papel.

--¿Qué es esto?

--Una tontería, un poco de azúcar. Muy poco en realidad. No he podido conseguir más.

--¡Muchas gracias! Pasa

El cuerpo fuerte y grácil de René se deslizó silencioso dentro del taller. Lo primero que hizo al detenerse bajo la amniótica luz de la claraboya fue fijarse en el boceto del traje de novia, que parecía iluminado por un foco de teatro. Sinceramente maravillado, con los ojos chispeantes de admiración, le preguntó a Marcel qué era. Y éste le contó toda la historia.



Después de escucharla, el bailarín, apenado, casi con un timbre de indignación, dijo:

--Pero entonces tú no llegarás a ver este vestido. ¡Tu vestido!

--No, nunca lo veré. A no ser que viaje a México.

Un rayo atravesó los hermosos ojos de René:

--Vayámonos a México, Marcel. ¡Vayámonos! Allí podremos vivir tranquilos.

Con ternura, con una franca envidia por su audaz y atolondrada juventud, Marcel rozó con la mano la mejilla de René y dijo:

--A nosotros no nos dejarán tranquilos en ningún sitio. En ninguno. Pero no tenemos derecho a quejarnos.

Y Marcel Michelot se acordó de la pobre familias de judíos a la que habías visto por la mañana caminando sin rumbo por las calles de París. No, ellos no podían quejarse.

--¿Te preparo un té, querido René? Habrá que aprovechar este maravilloso azúcar.